

Las nuevas oportunidades de trabajo para los jóvenes

Cristina Girardo¹

Las transformaciones estructurales del mundo de la producción y sus cambios en el mercado de trabajo, como producto de la competencia global y del surgimiento y desarrollo de las tecnologías de información y comunicación, son ya un hecho usualmente aceptado en la actualidad. Que en estos últimos veinte años se hayan modificado las condiciones de trabajo, así como las formas y las modalidades de sus representaciones, constituye también un lugar común entre los analistas y los mismos trabajadores. En efecto, es a partir de la década de 1960 que nos hemos venido acostumbrando no sólo a estos nuevos escenarios, sino también a una abundante literatura producida en torno al futuro del trabajo. Tampoco nos fue ajeno aquel mito instalado alrededor de tantas concepciones que se ocuparon del problema, a saber, el fin del trabajo.

Sin embargo, y a pesar de las señaladas constataciones, la cuestión continúa instalada como problema en la sociedad y constituye un tema de estudio prioritario. En este trabajo nos proponemos focalizar a un sector del cual poco se habla cuando de cambios en el trabajo se discute: el de los jóvenes. En la primera parte reflexionaremos sobre uno de los aspectos importantes de la globalización: el surgimiento de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y la relación que éstas pueden tener con el mundo del trabajo de los jóvenes. Posteriormente, analizaremos e intentaremos discernir, a partir de la metamorfosis del trabajo y los cambios en el mercado, alternativas que sean capaces de atenuar y regular algunas de las consecuencias más visibles de todos estos cambios, tales como los altos índices de subempleo y desempleo, la expansión de la informalidad laboral y su estrecha relación con la reproducción de la pobreza, la vulnerabilidad social ante los ciclos internacionales del capitalismo financiero, el tremendo rezago en la incorporación del progreso técnico, el atraso en educación y en investigación tecnológica, y una cultura política donde la democracia y la solidaridad social son todavía valores embrionarios.

1. La globalización y los jóvenes

El nuevo paradigma socio-económico que gobierna el desarrollo capitalista contemporáneo se basa fundamentalmente en la nueva organización del mundo productivo, la incorporación de nuevas tecnologías y sus transformaciones estructurales en el mundo de la producción y del trabajo. Tales reestructuraciones se están llevando a cabo bajo el influjo de los procesos de globalización económica, tecnológica y financiera. Y evidentemente estas tendencias socioeconómicas nos han obligado a adaptarnos a toda una serie de cambios estructurales producidos por el fenómeno de la globalización mundial.

Algunas características del proceso, a grandes rasgos, han sido: el crecimiento del mercado de las empresas transnacionales y capitales extranjeros; la disminución de la soberanía nacional en asuntos económicos, y el consecutivo debilitamiento del aparato del Estado y reducción de los recursos que brinda; la injerencia de instituciones financieras internacionales como el FMI y Banco Mundial; el surgimiento de un mercado especulativo; la movilización de sistemas de flexibilidad laboral; y el marcado crecimiento de la pobreza, del desempleo y de la tensión social al interior de los países, todos los cuales provocan condiciones de mayor vulnerabilidad social (Chávez, 2000).

La literatura acerca de esta problemática nos parece insuficiente. No existen grandes investigaciones que den cuenta de los importantes cambios que están viviendo los jóvenes en referencia al proceso de globalización, ni sobre el impacto que genera especialmente en las nuevas formas de convivencia social, organización del trabajo y relaciones laborales. Sin embargo, no queda ninguna duda acerca del aumento de la desocupación de los jóvenes en el mundo, de la sistemática exclusión y de la competencia feroz que encuentra en términos de desigualdad a una gran cantidad de jóvenes, sobre todo los provenientes de países menos desarrollados, para medirse de acuerdo a los perfiles internacionales demandados en un mundo globalizado. El ejercicio de la ciudadanía de los jóvenes enfrenta serias dificultades ante los desafíos de la globalización, para encontrar sentido de dignidad personal, pertenencia a grupos sociales, consolidación de identidad y definición de un proyecto de vida.

¹ Investigadora del Programa Interdisciplinario de Estudios sobre el Tercer Sector (PIETS). El Colegio Mexiquense.

En el marco de estas reflexiones, huelga destacar uno de los factores más importantes de la globalización: la revolución tecnológica. Cuyo análisis nos conducirá, como veremos, al planteamiento de una inevitable paradoja.

La incorporación de las llamadas nuevas tecnologías de la información y la comunicación, está conformando, de la mano con la incorporación de conocimiento en todos los sectores de la producción, la llamada “sociedad del conocimiento”². Este vertiginoso avance tecnológico está generando interesantes saltos para el desarrollo de la sociedad, está contribuyendo a redefinir las reglas del juego y estilos de vida, y está acelerando a la globalización.

Mucho se habla y se debate en relación a estas nuevas tecnologías de la información y comunicación (NTCI), y a su irrupción en el mundo del trabajo y en la vida cotidiana. Sin embargo, pensamos que no ha sido suficientemente estudiado, hasta ahora, el protagonismo de los jóvenes como hijos de esta generación informatizada –“conectada”³- y los grandes desafíos que dichas transformaciones les deparan tanto a ellos, como a los que vendrán.

Excede los límites de nuestro trabajo sintetizar los grandes cambios e innovaciones que dichas tecnologías aportaron al mundo del trabajo, así como también las grandes consecuencias -ya sean positivas o negativas- que las nuevas tecnologías produjeron en la sociedad. Nuestro propósito aquí es más bien mostrar cómo, si bien la nueva sociedad del conocimiento convoca a los jóvenes, en realidad, incluye a un sector muy pequeño de ese universo, pues su demandas se dirigen sólo a trabajadores jóvenes capacitados. Por lo tanto, excluye a la gran mayoría de la juventud, principalmente a las personas menos calificadas, a las mujeres, a los sectores étnicos y a los jóvenes de los países menos desarrollados. He ahí la gran contradicción: se los convoca pero se los excluye sistemáticamente.

Es desde reestructuración socioeconómica de los setentas que podemos observar los importantes efectos que ésta ha tenido en la juventud, poniendo frenos a su independencia

² Sociedad del conocimiento: así definida porque el saber y el conocimiento son factores claves de la vida social, económica y política. La sociedad del conocimiento valora: a) la inteligencia colectiva; b) presencia en la red y el trabajo colaborativo en red; c) combina oficios y eficiencias productivas. Lo importante es el saber técnico u organizativo sobre los procesos, más que sobre los productos; d) interactividad con el usuario o los servicios finales.

³ Conectada: es un término usado para identificar a los conectados a la red.

económica y familiar. La incorporación al mundo del trabajo, por ejemplo, comenzó a encontrar serias dificultades:

Se trataba de cambios que afectaban, fundamentalmente, el final de la juventud, cuyas fronteras eran cada vez menos claras: el alargamiento de la dependencia familiar, la ampliación de las formas de cohabitación previas al matrimonio, los largos y discontinuos procesos de inserción laboral, el retraso de la primera paternidad, la pervivencia de las actividades de ocio en edades maduras, etc., son factores que marcan un postergamiento de la juventud. De esta manera, se cerraba el círculo de la post-adolescencia, que pasaba a tener carta de naturaleza como nueva etapa de la vida (Feixa, 1998, p.35).

Las protestas estudiantiles de la generación del sesenta y ocho se hallan íntimamente vinculadas con todos estos procesos. Alrededor de esos mismos años, el mercado de trabajo empieza a toparse con graves obstáculos para continuar a absorber el producto de la escuela. Es cuando el número de escolarizados, con diplomas y licenciaturas aumenta rápidamente y el sector industrial ya no puede absorber más mano de obra calificada. El sistema (entendido como poder político, económico y sus ramificaciones), que había sido promotor del desarrollo de la escolarización de masa hasta grados superiores, había contemporáneamente cerrado las posibilidades de ingreso al mundo para el cual se formaban los estudiantes. Los noventa llegaron acompañados del desarrollo e impacto de los modernos medios de comunicación. Los jóvenes comenzaron a consumir en su experiencia cotidiana la televisión, el teléfono, la radio FM, el video, las computadoras. Las industrias del consumo juvenil aprovecharon y explotaron al máximo necesidades inducidas y modas creadas. La “cultura juvenil”, sus símbolos, la música, la moda se difundieron rápidamente a través de los medios masivos de comunicación.

El ritmo extremadamente acelerado de todos los cambios económicos, sociales, políticos y tecnológicos, enfrentó a los jóvenes a una sociedad compleja, cambiante y contradictoria, en donde los adultos sintieron que ya no podían transmitirles viejos conocimientos, valores o modelos que les fueron propios. La identidad que la juventud va configurando ya no es ajena a nuevas formas de comunicación y socialización que imponen las recientes tecnologías, que nada tienen que ver con las viejas formas socialmente

legitimadas. En todo caso, es necesario destacar que los modelos que hoy son idóneos con los procesos de sociabilización, se manifiestan a través de formas vinculadas e impuestas por estas nuevas tecnologías, y que es el sentido de universalidad el que posibilita el desarrollo de todos los sistemas comunicacionales.

A los jóvenes del presente, las transformaciones de los sistemas comunicacionales en curso, les abren nuevos horizontes, les amplían la conciencia y les posibilitan nuevas perspectivas laborales, pero, a su vez, les generan nuevas formas de manipulación, les banalizan las realidades y les producen renovadas prácticas de explotación y de exclusión. Es precisamente tal ambigüedad en los procesos señalados, la que requiere de trabajos y estudios serios que nos eviten caer en rechazos absolutistas o aceptaciones acríticas.

Lo que no presenta ambigüedad ni duda alguna, es que los jóvenes son parte viva de estas grandes e importantes mutaciones de nuestra sociedad, donde son distintas las ideas predominantes, los mecanismos sociales reguladores, los instrumentos tecnológicos utilizados y las formas sociales vigentes. *“...No se trata de una generación tecnológica más, sino de un cambio sustantivo que está modificando el conjunto de prácticas sociales, aun cuando algunos sectores resulten más afectados que otros...”* (Crovi, en Molina y Vedia, 2000). Dicha situación, que puede ser de signo positiva o negativa, nos traslada a una discusión por cierto interesante y fructífera, que pudiera profundizarse en otras instancias y otras investigaciones.

Sin embargo, no debemos ignorar por ningún motivo que el escenario es, en este sentido, completamente heterogéneo, ya que la tecnología resulta inalcanzable aún para amplios sectores de la población, lo cual representa claramente otra forma de exclusión y marginación. Tanto entre los jóvenes de sectores de altos y bajos ingresos, como entre los jóvenes de países más desarrollados y los nuestros, se produce una “brecha digital” que sólo políticas públicas que promuevan el desarrollo y el acceso de toda la población, acompañadas de políticas educativas en las escuelas tendientes a nivelar los sectores, podrían resolver este grave contexto. Si bien estamos ciertos de que se necesitan investigaciones abocadas a este tipo de proyectos, insistimos en que igualmente urgen estudios que nos ayuden a comprender los impactos culturales y cognitivos producidos por las tecnologías.

Sin pretender asociar a los jóvenes en forma directa y mecánica con panoramas optimistas vinculados a la *new economy*⁴, o a la sociedad del conocimiento, no podemos dejar de reconocer que son

..ellos el sector social más predispuesto a participar de la “modernidad” y a impulsar los procesos de cambios que se están llevando a cabo, en la medida en que están más expuestos a la incidencia de la informática y los modernos medios masivos de comunicación, y son menos dependientes de las tradiciones y de las inercias que atan a los adultos, desde todo punto de vista (Rodríguez, 2000).

En los lugares de trabajo, todas las personas han debido adaptarse con rapidez y eficacia. Algunas han tenido que recalificarse, ya que sus conocimientos anteriores resultaban insuficientes ante estas nuevas necesidades, incluso todavía encontramos muchos gerentes y mandos medios con una deficiente calificación ante las innovaciones tecnológicas, de organización y comunicación. Los jóvenes, por el contrario, se encuentran aquí en clara ventaja respecto a los adultos, tanto por su mayor plasticidad para lidiar con las nuevas tecnologías, como por su mayor adaptabilidad. Los mayores, acostumbrados a los viejos modelos de organización rutinaria, enfrentan serias dificultades para adaptarse a los cambios de reconversión productiva. Además, en *“la modernización de nuestras sociedades, se percibe cada vez con mayor claridad que la participación de los jóvenes educados y capacitados en el proceso productivo es imperiosa para aumentar la productividad y competitividad de las economías de la región”* (Ídem, 2000).

Según lo evidencian los puestos que ocupan y la oferta y demanda de trabajos, hasta ahora tales jóvenes pertenecen en su mayoría a hogares de ingresos medio-alto y cuentan con un elevado nivel educativo (universitarios o profesionales ya consolidados). Ello le otorga a este sector de la juventud una mayor movilidad laboral, que incluso les posibilita seleccionar empleos con base en determinados criterios, fundamentalmente salariales.

⁴ New economy: así llamada porque se valoriza el papel de la innovación y de las tecnologías de la información y comunicación en el desempeño de las economías.

⁵ A modo de ejemplo veamos los siguientes datos de México: el 87% de la oferta de nuevos trabajos corresponde a sectores no formales, mientras que la capacitación de la población económicamente activa es tan sólo del 20%, con un promedio de un solo curso en su vida. Holanda, en cambio, la ofrece al 38% de sus trabajadores; en tanto que Estados Unidos, Suiza y Suecia lo hacen al 42%, pero con educación continua, es decir, muchos cursos durante la vida laboral activa (Ibarra, 1998).

Estos jóvenes constituyen un recurso estratégico del desarrollo, dado que se trata de recursos humanos calificados. Cabe señalar, sin embargo, que lamentablemente en los países de la región muchas veces este sector de jóvenes es el más expuesto al éxodo hacia países más desarrollados (Estados Unidos y Canadá); países que absorben el mayor número de emigrantes de las naciones en desarrollo. Quienes no emigran tienen a veces que desarrollar tareas que corresponden con el tipo de formación acumulada, provocando fuertes frustraciones y gran resentimiento por el escaso aprovechamiento de sus aportes creativos e innovadores (Rodríguez, 1995).

Además, debemos considerar que:

La transformación productiva impone a la fuerza de trabajo de los países latinoamericanos, la amenaza de la disminución de la demanda de empleo determinada por la adopción de medidas reductoras de costos en los aparatos productivos de la región, tanto por la vía de la inversión en equipos ahorradores de mano de obra, como por la adopción de procesos administrativos y de organización del trabajo que persiguen la flexibilidad laboral, en un contexto social deficientemente preparado para generar las condiciones de innovación técnica que son indispensables para dar dinamismo al empleo” (OIT 1999, p.9).⁵

La apropiación de nuevas tecnologías es todavía un proceso lento y desarticulado para la mayoría de los jóvenes mexicanos y latinoamericanos. Aún falta mucho camino por recorrer para que estas tecnologías puedan ser una oportunidad concreta de cambio y acceso al trabajo para toda esta generación.

A modo de ejemplo veamos los siguientes datos de México, el 87% de la oferta de trabajo nueva es en sectores no formales, y la capacitación de la población económicamente activa en México es de tan solo el 20% y con promedio de un solo curso en su vida, mientras que Holanda tiene un 38%, EUA, Suiza y Suecia promedian en un 42% pero con una educación continuada, es decir, muchos cursos durante la vida laboral activa. (Ibarra, 1998) ESTO ESTÁ EN LA NOTA ANTERIOR.

Existe una amplia gama de productos y de propuestas en el mercado, incluso la infraestructura de las telecomunicaciones está en plena expansión. Pero la cuestión central

no está ahí, sino en que la apropiación de la tecnología por parte de los jóvenes deberá ser cada vez más profunda y abarcar un número cada vez más amplio de jóvenes, a fin de evitar la creación de nuevos excluidos.

Resolver esta gran paradoja es, por cierto, uno de los retos que tienen por delante quienes se encargan de políticas públicas, quienes diseñan estrategias desde los organismos que inciden en los procesos de regulación o quienes tienen en el horizonte de sus reclamos fortalecer relaciones más incluyentes y democráticas dentro los procesos de la globalización (Crovi, Girardo, 2001).

En el marco de este paradójico escenario, nos interesa ahora describir los cambios en el trabajo y en el empleo así como las posibles alternativas que desde allí se presentan para los jóvenes.

2. Los cambios en el mercado de trabajo

Hoy resulta casi imposible hablar de un concepto único de trabajo. La tendencia histórica del trabajo asalariado y la producción socializada, característica dominante del siglo pasado, está invirtiendo su relación hacia una verdadera transformación en el empleo y el trabajo. No se trata en ningún caso del fin del trabajo, sino más bien de que los procesos vinculados al empleo y al trabajo se están modificando. Y, en consecuencia, lo está el concepto mismo del trabajo. La transformación que se está desarrollando en el empleo y el trabajo, queda demostrada en: la creciente flexibilidad del empleo, la individualización de las condiciones de trabajo, la fragmentación de la mano de obra y las diferencias en la temporalidad de la vida laboral (Castell, 2000). La diversidad del trabajo es otra de las características del nuevo mundo tecnoeconómico.

El consumo creciente que se complementaba con políticas gubernamentales, las cuales construyeron la seguridad social (pensiones de jubilación, subsidios de desempleo y seguros de asistencia sanitaria), en gran medida, en torno al ideal de un empleo permanente, ya casi no existe. Este concepto de trabajo que contemplaba un puesto con jornada completa y permanente con salarios reales continuamente crecientes para los hombres y muy escaso trabajo remunerado para las mujeres, está desapareciendo, y la nueva tecnología informacional sólo es una de las varias causas del cambio.

Los dos elementos claves de esta transformación son la flexibilidad y los cambios en el proceso laboral. Esto se traduce en el incremento del trabajo eventual y a tiempo parcial, así como en el de trabajadores por cuenta propia, o aumento de trabajos informales o atípicos. El trabajo flexible en sí mismo no constituye un fenómeno nuevo, ni mucho menos. Ciertos sectores económicos, como el comercio al por menor, la construcción y la agricultura, se han caracterizado desde hace mucho tiempo por un modelo de empleo a corto plazo, durante parte del año y con horas reducidas. Sin embargo, el trabajo flexible afecta ahora a una gama mucho mayor de sectores económicos y ocupaciones que en el pasado, y ya no se limita a determinados grupos, como estudiantes, obreros agrícolas y mujeres que trabajan para ganar un dinero extra que complementa el salario del cabeza de familia. Según se afirma, una proporción significativa y cada vez mayor de hombres y mujeres que buscan trabajos a tiempo completo se ven obligados a aceptar trabajo flexible (Carnoy, 2001).

Las empresas desean crear una organización flexible del trabajo capaz de responder con rapidez a los cambios de la demanda. En definitiva, el trabajo flexible: con jornadas parcial, eventuales, por cuenta propia y contrato de obra, está aumentando. Las mujeres ingresan al mundo del trabajo rápidamente dominando la mano de obra asalariada. La incorporación de ellas al mercado de trabajo, si bien es el único patrón favorable de la evolución registrada en la última década del siglo XX, tiene enormes implicaciones respecto a la forma de organización del trabajo y las familias.

La flexibilidad se refleja en la precarización de las condiciones laborales, la inestabilidad de los contratos y, por ende, del empleo, y la aparición entre el trabajo reconocido y la desocupación. En muchos países son más los trabajadores informales que los empleados en el sector formal-moderno de la economía (es allí donde se crearon seis de cada diez nuevos puestos de trabajo durante los años noventa).

Cabe agregar que más allá de los problemas en los cambios en el trabajo, la región viene enfrentando un deterioro en la cohesión social, es decir, del sentido de las personas de pertenencia a la sociedad, de identidad con propósitos colectivos y de desarrollo de lazos de solidaridad. La explosión de la violencia en muchos países es tal vez la manifestación más evidente de este fenómeno. La sensación de debilitamiento de las redes de protección social tradicionales –la familia, la comunidad, la iglesia– se une a la sensación de debilitamiento de

las propias redes de protección social del Estado. Evidentemente esta pérdida de capital social, y no sólo los problemas de corrupción y de ineficiencia de la seguridad y la justicia, está relacionada con el cuestionamiento y la legitimidad política que afecta en creciente medida a los sistemas democráticos de la región y contribuye a explicar el desencanto social y político con los resultados de las reformas económicas (Rodríguez, 2001).

3. Los jóvenes en estos escenarios

Incuestionablemente, los profundos cambios en el mercado de trabajo, descritos en los párrafos anteriores, repercuten de manera específica en los jóvenes. Su relación con el mundo del trabajo se caracteriza por diversos aspectos problemáticos. Son justamente ellos los que ya dejaron de lado la idea de encontrar un trabajo estable y para toda la vida, regularmente retribuido. Es la generación que se está habituando a cambiar muchas veces de trabajo, a estar preparados para considerar el trabajo como una ocasión que puede durar o terminar de un momento a otro. Asimismo, otro de los aspectos problemáticos es la falta de relación entre demanda y oferta. No se da una correlación entre las competencias que los jóvenes ofrecen al finalizar sus estudios y el tipo de empleos que el mercado ofrece. En otras palabras, no existe una coherencia entre toda una formación (licenciaturas universitarias, diplomados, especializaciones, etc.) y la oferta de trabajo disponible.

Muchos jóvenes rechazan emplearse en fábricas o en lugares considerados degradantes en términos sociales o poco interesantes. A veces, en la medida en que pueden contar con ayuda financiera por parte de la familia, están disponibles sólo para pequeños trabajos, esperando una oportunidad más favorable o más adecuada a sus propios intereses y a su propia preparación.

En América Latina, **y en nuestros países?**, la precarización de la fuerza de trabajo y la reducción de los costos del mismo, cuyos fines son aumentar la productividad y competitividad de los países, pone a los jóvenes en una posición dentro de la sociedad marginal y excluyente. Por lo tanto, no es sólo el desempleo la manifestación más visible, sino que asistimos fundamentalmente a una profunda transformación de la coyuntura del empleo. Si intentamos preguntarle a un grupo de jóvenes, comprendido entre 18 y 25 años de edad, qué tipo de trabajo están haciendo, nos daremos cuenta que la mayoría de ellos

están insertos en trabajos precarios, informales, por cuenta propia en su domicilio. Es raro encontrarnos con un grupo grande de jóvenes que ya tengan acceso a trabajos seguros y estables.

Es difícil, además evaluar el número de jóvenes involucrados en los trabajos informales (que se vuelven cada vez más formales). La imposibilidad de censarlos los vuelve invisibles ante la sociedad organizada. La situación se agrava aún más con los jóvenes provenientes de familias pobres. Éste es sin duda el sector más vulnerable de la sociedad, ya que las situaciones conflictivas casi habituales, que en otros jóvenes, pueden ser resueltas por sus propias familias, en los jóvenes marginados y excluidos se van acumulando como desventajas y privaciones.

Frente al panorama retratado, no son escasas las preguntas que surgen si queremos enfrentar todos estos problemas: ¿qué tipo de alternativas podemos ir encontrando?, ¿cuáles trabajos pueden presentarse como alternativas para los jóvenes de hoy?, ¿cuáles son las metas que habría que priorizar para la próxima década en relación a la dinámica juvenil y al desarrollo en general? Reconociendo las potencialidades que plantea la sociedad de la información y el conocimiento, ¿cómo financiar el esfuerzo de inversión necesario para disminuir el rezago tecnológico respecto de los países industrializados?, ¿cómo contrarrestar la polarización al interno de los mismos países que produce el acceso a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación de unos y la exclusión de otros? Éstos y muchísimos interrogantes más, deben ser respondidos para insertar en el debate contemporáneo la problemática de los jóvenes y su relación con el mundo del trabajo.

4. Buscando respuestas alternativas

De acuerdo con las descripciones de la actual coyuntura económica, dejamos establecida la crisis del trabajo asalariado tradicional, como una de sus consecuencias más sobresalientes. ¿Por qué no pensar, entonces, en nuevas formas de organización más flexibles, donde estén reconocidas y tuteladas otras formas de trabajo consideradas subjetiva y socialmente más estimulantes y satisfactorias? Todo esto implica pensar el trabajo desde puntos de vista alternativos.

Muchos jóvenes en nuestros países desarrollan actividades y trabajos que no son valorizados en el mercado, ya sea por elecciones económicas o políticas, y no porque resulten económica y socialmente superfluas. Gran parte de la juventud catalogada en las estadísticas como no estudiantes ni trabajadores, o directamente como desocupados, están realizando actividades identificadas como informales y atípicas⁶, no reconocidas, ni legal ni socialmente. Un primer problema, entonces, a resolver es el de redefinir el significado de la categoría de trabajos “atípicos”, frente a una realidad que se presenta con diversos matices.

El aumento y participación de los jóvenes en los movimientos sociales, en los trabajos más vinculados con aspectos sociales, en el campo de las relaciones, de la solidaridad, del servicio a las personas, del ambiente y de la cultura, son actividades en las cuales los jóvenes ponen en práctica sus propias competencias, capacidad y pasión, pero que en los circuitos económicos tradicionales no son valorizadas.

Para muchos jóvenes la experiencia de trabajo en organizaciones de la sociedad civil, que brindan servicios para la comunidad, se inscriben en una dimensión relacional y creativa: creación de vínculos sociales nuevos (valorización de encuentros y diversión); creación de empresas innovativas (valorización y recuperación de lugares con fuerte interés ambiental, histórico y cultural); creación de nuevas respuestas a nuevas necesidades (asociaciones, cooperativas para migrantes, ancianos, discapacitados, etc.); creación de cultura (revistas, editoriales). El significado de las experiencias laborales desarrolladas en este sector más vinculado con lo social, es en muchos casos, el de poder transformar dicha experiencia laboral, de una prestación dirigida simplemente a la producción (como en muchos trabajos tradicionales), a una actividad vinculada a la realización de uno mismo, a través de la construcción de relaciones y el empeño dirigido a la creatividad y a la solidaridad. Todo lo cual se vincula, además, con el hecho de que generalmente las actividades desarrolladas, son vividas con otra modalidad y motivación respecto a las vividas

⁶ Podemos citar como ejemplo los trabajos vinculados con la música, con animación cultural, grabación y producción de CD, repartos a domicilio, trabajos de diseño en computadoras, todo tipo de servicios vinculados con nuevas tecnologías de la información y la comunicación, etc.

⁷ América Latina asistió en estos últimos 25 años a una explosión del voluntariado. En Brasil existen más de 100.000 Comunidades Cristianas de Base con más de 3 millones de asociados. En Lima, Perú, se constituyeron 1500 cocinas comunitarias donde trabajan más de 100.000 mujeres. En Chile las Organizaciones Económicas Populares se constituyeron en cooperativas de consumo e inmobiliarias (Rifkin, 1995,p. 442).

en las formas de trabajo dependiente, donde prevalece decididamente el elemento de independencia y autonomía respecto al propio actuar y a la propia participación.

Las organizaciones de la sociedad civil son instituciones, en su mayoría pequeñas. No obstante, son capaces de movilizar una gran energía social y están conectadas sobre todo a una realidad territorial con la cual operan y desarrollan sus programas y proyectos, superando, de este modo, a las grandes organizaciones asistenciales que prevalecían en el pasado, controladas en su mayoría por la Iglesia. Este tipo de organizaciones ágiles, dinámicas y flexibles que responden a requerimientos sociales variados y muy cambiantes, generan continuamente empleos a partir de la creación de talleres comunitarios, promoción de cooperativas, promoción alimentaria y de microempresas. Igualmente, propician nuevas formas de trabajos, brindan servicios alternativos a la población, constituyéndose en canales eficaces, descentralizados y dirigidos para movilizar recursos humanos.

Otro elemento que contribuye a desarrollar algunos argumentos para sostener la hipótesis que evalúa la posibilidad de reducir la desocupación, a través de estos nuevos trabajos, es el aporte que efectúan los trabajadores voluntarios y su participación en las organizaciones del sector⁷. Las características motivacionales del personal voluntario permiten actuar y adaptarse con trabajadores en desventaja, en ambientes marginados y excluidos, aumentando la productividad e incorporando al trabajo gente que no sería involucrada de otra manera, gestando un desarrollo ocupacional no tradicional en el sector de trabajos socialmente útiles.

Estas organizaciones, que aunque no definen por sí solas un modelo social ni constituyen un proyecto totalizador, pueden organizar un nuevo espacio que contiene enormes oportunidades. Existe, eso sí, el riesgo de considerar a las organizaciones de la sociedad civil como la solución al problema estructural de la desocupación. Seguramente no son la panacea de todos los males ni la respuesta mágica a la crisis por la que atraviesan los jóvenes y el mercado de trabajo, pero, creemos, es una alternativa viable, un buen terreno de experimentación, una respuesta eficaz, si se inserta en el ámbito de un nuevo compromiso histórico entre el mercado y el Estado, entre capitalismo y democracia.

Se trata de promover el trabajo en un sector emergente, de tipo más solidario, más del ámbito de la sociedad que del mercado. El trabajo no tendría por objetivo principal una

productividad medida en ganancias y utilidades –ni sería medido en términos de empleos-, sino que desempeñaría una función más social, más solidaria, menos mercantil, y sería retribuido con criterios más equitativos. La cuestión fundamental radica en la valorización social y cultural de un conjunto de competencias y profesionalidades, retenidas actualmente como marginales en el mercado más dirigido a la producción de bienes materiales. La idea es, pues, otorgar un reconocimiento económico y social a las múltiples ocupaciones que ya existen, aunque desarrolladas de manera informal o invisible. Es necesario crear nuevas oportunidades y garantías a partir de tipologías de trabajos existentes que promuevan bienes comunes y vínculos sociales, los que, a su vez, eviten riesgos de exclusiones y anomalías? laborales.

El desafío consiste en reflexionar sobre los grandes cambios de la sociedad y del mercado y actuar de manera propositiva mediante modificaciones en la concepción de los trabajos. En la práctica, se trata de experimentar caminos que permitan mejorar las condiciones materiales, aumentar las garantías y las oportunidades, ampliar además los espacios de sociabilidad, de asociacionismo, de solidaridad, dependientes de una economía social que ofrezca una respuesta a las condiciones de precariedad económica de una parte de la población y a los riesgos de exclusión, a los que muchos jóvenes quedan expuestos.

Si el concepto de trabajo asalariado está puesto en cuestión y se están definiendo empleos, formas de contratación y nuevos nichos laborales, lo que se precisa en realidad es que las normas, los institutos de protección y los derechos básicos, sean revistos bajo principios reguladores que respondan a los cambios mencionados. Es decir, estamos ante la necesidad de una nueva contractualidad o normatividad que todavía no está constituida. El resultado de esta construcción, que es histórica y social, no está dada de antemano, sino que depende, en gran parte, de la capacidad que tengan los actores políticos y sociales de expresar, representar y negociar en torno a los procesos de reestructuración (Abramo, 2001).

5. Formulando propuestas como conclusiones

Como hemos visto, los cambios descritos conducen a la consideración de nuevos perfiles ocupacionales para los jóvenes. El surgimiento y desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, en el marco de la globalización, y el reconocimiento de espacios nuevos, como son los trabajos vinculados con actividades solidarias, o aquellos no reconocidos por su atipicidad, constituyen escenarios que nos llevan a reflexionar y a formular a manera de conclusión algunas propuestas que podrían permitir el desarrollo y la implementación de políticas, programas e iniciativas relacionadas con estos dos mundos posibles respecto al trabajo de los jóvenes.

En primer instancia la inversión en recursos humanos es un elemento central a resolver en el futuro inmediato. Dado los cambios en la estructura productiva y en las características del empleo y el trabajo, la importancia de la educación de buena calidad se vuelve cada vez más central, por lo tanto, es lógico esperar que las políticas públicas se centren en este aspecto clave, ampliando y profundizando los procesos de reforma educativa que conduzcan a: (i) garantizar el acceso universal a la enseñanza básica y sobre todo media, fundamento de todos los procesos posteriores, incluida la capacidad de acceder y usar las actuales y futuras tecnologías de comunicación; (ii) enfrentar los problemas de aprendizaje y deserción escolar a través del desarrollo de una oferta educativa mejor concebida y mejor administrada; (iii) revertir los procesos de segmentación educativa, con el objetivo de mejorar la equidad entre los diferentes grupos sociales, de manera que se equilibren las oportunidades y no se aumente la desigualdad entre los estudiantes privilegiados y los que están en desventaja. Todas estas instancias requieren de forma explícita un importante compromiso de recursos públicos por parte del Estado.

Entre otros grandes desafíos, la región deberá disminuir el rezago tecnológico; determinar el marco jurídico, regulatorio e institucional que asegure bajas barreras al ingreso y a la competencia entre proveedores de servicios de conexión a las redes de transmisión; disminuir la heterogeneidad en la difusión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación que transmiten las redes digitales; y contrarrestar las fuertes diferencias entre los países industrializados obteniendo mayor cooperación internacional.

Sin dejar de reconocer el potencial que representa para los jóvenes y sus posibilidades laborales, las tecnologías de la información y la comunicación, resaltamos que sólo será posible su aprovechamiento para el desarrollo, no sólo de fuentes laborales, sino además como aumento de la democracia y el progreso social, si se enfrentan y desarrollan los aspectos mencionados y probablemente otros cuantos más no enfocados en esta oportunidad.

El otro tema abordado se refiere a los trabajos que constituyen alternativas en donde los jóvenes puedan ampliar y diversificar sus oportunidades laborales: las organizaciones de la sociedad civil que brindan servicios sociales a la población, la autogestión de trabajos, las asesorías a empresas, los trabajos considerados informales. Ellas pueden constituir alternativas laborales de los jóvenes, siempre y cuando estos espacios logren ser reconocidos, revalorizados y regularizados por las instancias competentes. Una breve revisión de la literatura respecto a los cambios producidos en el trabajo y en el empleo, pone de manifiesto la dificultad que entraña aún abordar el análisis de un sector poco sistematizado por las instituciones competentes. Un fenómeno –el de los nichos laborales nuevos- que, como se ha apuntado en párrafos anteriores, gana envergadura. Sin embargo, la escasez de datos empíricos sobre el mismo, como la escasez de análisis sobre los recursos humanos implicados en este sector de trabajos emergentes, no permite una visión global del sector.

Dicha información se hace cada vez más necesaria para conocer las características de estos trabajos, la calidad y el alcance que tienen como posibilidad laboral de los jóvenes. De esta manera, y con esta información se podrá contribuir a solventar sus necesidades o apoyar su desarrollo. En definitiva, la carencia de datos básicos dificulta el diseño de una política adecuada para el reconocimiento y regulación del sector, una que, disponiendo de una visión más completa dé respuestas a sus principales necesidades en materia de fiscalidad, marco jurídico, formación profesional, identificación de ocupaciones más representativas y condiciones de trabajo.

El reconocimiento, la revalorización y la regulación de todos los trabajos considerados emergentes o atípicos para los jóvenes, puede jugar un papel muy importante en la

prevención y corrección de nuevas desigualdades, ofreciendo acceso a la ocupación a todo un sector cuyo riesgo de exclusión social aumenta día a día.

Bibliografía

Abramo, Laís (2001). *Mercado de trabajo, flexibilización y nuevas formas de regulación*, en Trabajo, Año 2, N.4, enero-julio.

Castell, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Paidós. Buenos Aires.

Castell, Manuel (2001). "Prólogo" de *Trabajo flexible en la era de la información*. Alianza Ensayos. Madrid.

Carnoy, Martin (2001). *El trabajo flexible en la era de la información*. Alianza Ensayos, Madrid.

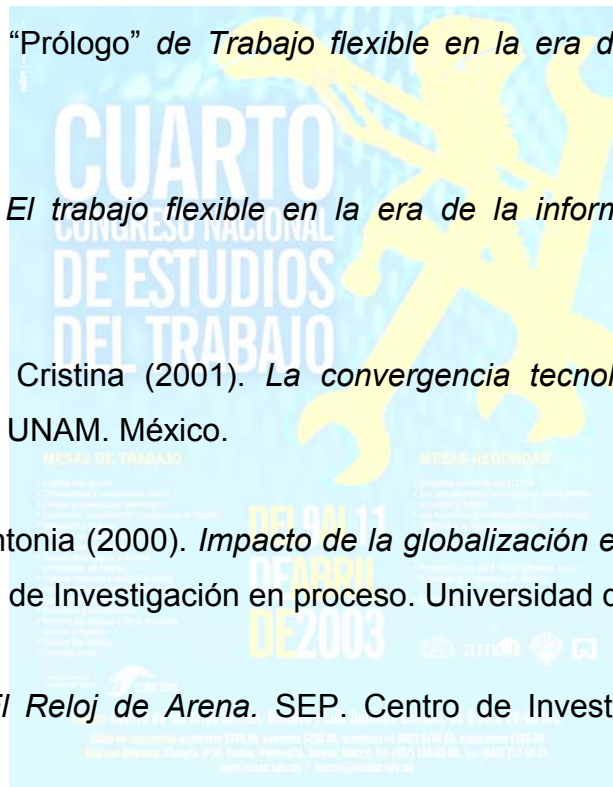
Crovi, Delia y Girardo, Cristina (2001). *La convergencia tecnológica en los escenarios laborales de la juventud*. UNAM. México.

Chávez Gutiérrez, M. Antonia (2000). *Impacto de la globalización en el proceso de identidad de los jóvenes*. Proyecto de Investigación en proceso. Universidad de Guadalajara. México.

Feixa, Carles (1998). *El Reloj de Arena*. SEP. Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud. México.

Ibarra, Agustín (1998). "Los sistemas normalizados de certificación de competencias laborales en México". Ponencia presentada en el Primer Encuentro Andino sobre Formación Profesional con Base en Competencias Laborales. Bogotá. Septiembre.

Molina y Vedia, Silvia (coordinadora) (2000). *Identidad y Tolerancia*. Volumen I. UNAM. México.



OIT (Oficina Internacional del trabajo) (1999). *Documentos de Referencia 1, 2 y 3*.
Montevideo, 6 al 9 de julio.

Rodríguez, Ernesto (2000). *Umbral: cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*.
Corporación Región de Medellín. Colombia.

.....(2001) *Nuevas tecnologías de la información y la comunicación y
promoción integral de jóvenes en América Latina: renovación curricular y nuevas estrategias
de aprendizaje*. Proyecto N. 402 043 1 Centro Latinoamericano sobre Juventud. UNESCO.
Manuscrito. Montevideo. Uruguay.

.....(1995) *Capacitación y empleo de Jóvenes en América Latina*, Cinterfor /
OIT. Montevideo.

Rifkin Jeremy (1995). *La fine del lavoro. Il declino della forza lavoro globale e l'avvento
dell'era post-mercato*. Baldini & Castoldi. Milano.

